

**TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR (A)**  
**Jubileo monástico del P. Oleguer Porcel**  
**Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat**  
**6 de agosto de 2008**  
**2Pe 1, 16-19; Mt 17, 1-9**

*Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto*; éste, que acaba de anunciar la pasión, del cual ahora veis una preguftación de su gloria y que después continuará con vosotros pobre, fatigado, víctima de una acusación injusta, condenado, clavado en la cruz. *Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto*.

Queridos hermanos y hermanas: la Transfiguración de Jesús, y la celebración que hoy hace la Iglesia, preludian el final de la historia, cuando sea rasgado el velo que nos impide ver a Jesús tal como es, en su plenitud divino-humana. La Transfiguración es, pues, preguftación; si, como decía san Pedro en la escena evangélica que hemos escuchado, ¡qué bien se esta aquí!, en la montaña, contemplando al Cristo resplandeciente, mucho más agradable y jubiloso será ver el rostro deseado de Jesús en su plenitud pascual. La Transfiguración revela a los creyentes y al mundo la realidad íntima de Jesucristo, pero también, el misterio divino. El misterio divino que es Padre de amor entrañable, Hijo plenamente solidario con la humanidad y Espíritu Santo, luz y llama de vida. Mientras hacemos camino hacia la plenitud, tenemos que escucharlo, a este Hijo, tal como dice la voz de Padre, y dejar que su palabra nos penetre.

Este Jesús es el centro del universo y de la historia. Toda la creación apunta hacia él y toda la existencia toma sentido en relación con él. Esta realidad fundamental de la fe cristiana tiene una gran fuerza porque nos muestra la clave de bóveda del universo, porque nos hace comprender el sentido de nuestra existencia, el de la humanidad y del cosmos entero. Tiene una gran fuerza y un gran poder subversivo de muchas de las visiones actuales que se encierran en horizontes estrechos, privados de la apertura que da la visión trascendente del hombre y del mundo.

Dios, por medio de la Encarnación de su Hijo, nos ha dado aquello que quería otorgar a la humanidad desde la creación del mundo y que la cerrazón, el egoísmo y el pecado humanos, privaban. Nos ha dado la capacidad de ser plenamente humanos con un valor trascendental, libres y con capacidad abnegada de amar, abiertos a Dios, con la promesa de vivir después de la muerte. Y nos lo ha dado de una manera definitiva, hasta el punto de que él en absoluto se echará atrás; sólo nosotros podemos rehusarlo en lo más profundo de nuestro yo. Muchos se preguntan, como ya hacía al salmista: *¿qué es el hombre?* (Ps 8, 5). La fiesta de hoy responde. Nos muestra qué es y cuál es su dignidad, desde el momento que el Hijo de Dios, por la Encarnación, se ha unido estrechamente a cada ser humano, aunque éste no sea consciente, para llevarlo a *participar del mismo ser de Dios* (2Pe, 1, 4). Jesucristo es la imagen auténtica del ser humano, hombre y mujer, según Dios; la realización plena del proyecto que él tiene para la humanidad.

En este sentido, pues, la Transfiguración no solamente nos muestra la realidad íntima de Cristo, sino que también nos muestra qué somos y qué estamos destinados a ser nosotros y la humanidad entera. La gracia del Espíritu Santo tiende a transfigurarnos espiritualmente en imagen de Jesucristo. Por eso, al lado de la revelación del Padre a propósito de Jesús: *Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto*, podemos añadir la afirmación, tomada en todo su alcance: *éste es el hombre*. El ser humano en plenitud. Hasta el punto que el llamamiento a la existencia, a ser hombre o mujer, es en sí misma una invitación a unirse a Cristo, a ser como él y a participar de su gloria pascual. Nosotros, cristianos, lo contemplamos con agradecimiento en el fondo del

corazón y encontramos en el Señor la alegría y la paz junto con la fuerza para ayudar a los otros a descubrir esta vocación inherente a su ser seres humanos. Y hasta quién no está en condiciones de creer en la dimensión divina de Jesús, puede encontrar que él "le habla con su vida dada a los otros, con su gran humanidad, con su fidelidad a la verdad, con su amor que abraza a todo el mundo"; puede encontrar que "le habla, además, con su muerte en cruz, con la insondable profundidad de su sufrimiento y de su abandono" (cf. Juan Pablo II, *Redemptor hominis*,7).

Nosotros, por gracia de Dios, podemos participar espiritualmente y en cierta medida de la experiencia de la Transfiguración por medio de la acogida de la Palabra de Jesús, del trabajo ascético y espiritual y de la vida litúrgica, que nos van transformando por dentro y nos permiten de alguna manera anticipar, bajo el velo de la fe, la gloria futura. En este sentido, nosotros tenemos que ser como la levadura dentro de la masa de la sociedad para hacer que todos los elementos de los que se compone la vida humana respondan a la verdadera dignidad del ser humano (cf. *ibídem*, 14) y para hacer progresar el mundo hacia la plenitud que nos es revelada en la Transfiguración.

Con una vocación complementaria de la de los otros cristianos, los monjes encontramos en el monasterio el lugar apropiado para estar con Jesús, para escucharlo y conocerlo, para dejarnos hacer, transfigurar, por el Espíritu según la imagen del Hijo. No como una vocación cerrada y centrada en la propia perfección, sino como una respuesta a una vida de intimidad con Jesucristo y un servicio a la Iglesia y a la humanidad.

Por eso, os invito, hermanas y hermanos, a agradecer con nosotros, los monjes, el don que es para nuestra comunidad y para la misión de Montserrat el hecho de que dos de nuestros postulantes hoy hayan empezado el noviciado, atraídos por el Cristo transfigurado, objeto de las complacencias de Padre. Nuestra comunidad se alegra hoy a causa de la determinación de estos hermanos que inician su camino monástico. Y también se alegra, en el otro extremo de la escala de la vida, por la perseverancia jubilosa de otro monje que, consciente de la experiencia vivida durante 75 años de vida monástica, renueva generosamente su sí. Efectivamente, el P. Oleguer Porcel descubrió en sus años de juventud que era bueno y agradable, que era fuente de alegría y de crecimiento personal, estar con Jesucristo, escuchándolo y dejando que por medio de su Espíritu le fuera transformando, transfigurando, la vida. Ahora, cerca de los 94 años, con serenidad lúcida quiere dar gracias por los dones recibidos a lo largo de su vida de monje y quiere renovar su adhesión a Cristo y al camino monástico benedictino que le permite ir contemplando en la fe la gloria de Jesucristo, esperando contemplarlo sin velos en la plenitud del Reino. Su vida monástica se ha desarrollado fundamentalmente en Montserrat y en San Miquel de Cuixà. Ambos son para él lugares de transformación para reproducir cada día más en él la imagen de Jesucristo. También nosotros nos sumamos con alegría a su acción de gracias y a su plegaria, agradeciendo la irradiación que ha tenido la obra del Cristo por medio del P. Oleguer en bien de tantas personas, en sus responsabilidades tanto en Montserrat como en favor de la renovación de las comunidades benedictinos femeninas del Estado Español (hoy aquí representadas) y, después, en nuestra comunidad filial de San Miquel de Cuixà, donde todavía continúa sirviendo activamente al Señor y a los hermanos. ¡Demos gracias a Dios!